

1.52/86

1-146

1

Doctores en industrias. II Includo en "España, los españoles."

("La Estafeta", Madrid)

("El Norte de Castilla", Valladolid, 27 octubre 1898)

Doctores en industrias

II

Hay quien ha afirmado que bastaría llevar a un pueblo salvaje del interior del Africa todos los utensilios y medios de producción nuestros, y dejarlos solos con ellos para que se civilizasen al cabo. El que tal dijo era un cándido progresista sin el menor sentido del proceso económico-histórico. Cuéntase, por el contrario, que cuando los ingleses llevaron a cierto país de la India el arado de vertedera, al ver los naturales sus efectos en el cultivo lo pintarrajearon y erigieron en ídolo para rendirle culto. Así vemos aquí tantos idólatras de la máquina, y tanta máquina que ha tenido que parar. Mejor que erigir en ídolos las máquinas, sería que hiciésemos máquinas de nuestros ídolos, aprovechando hasta tradicionales preocupaciones.

Los 600 millones del empréstito patriótico prueban que hay en España mucho capital improductivo—se dice.—Y de aquí se arranca para todo el programa de pantanos, canales, saltos de agua, fabricas, granjas-modelo, etcétera, etc. Pocos se fijan en si hay *interés privado* para llevar todo eso á cabo, y si el Estado no lo podría hacer mejor removiendo los obstáculos que á este se oponen. Y pocos se fijan en el fatal círculo de que, si el aumento de población es función del progreso económico, éste, á su vez, lo es de aquel aumento, y en mayor medida que la relación inversa.

Cuando se habla de maquinaria agrícola se oye repetir á las gentes de campo que es inaplicable al suelo de España, pero si se les aprieta un poco se acaba por ver que á lo que es inaplicable es á nuestra economía. No se aplica una máquina que cueste 5.000 duros mientras no ahorre 5.000 reales de jornal—si calculamos al 5 por 100,—y donde los jornales son tan bajos como aquí sucede, las máquinas resultan caras.

En esta provincia de Salamanca se capitalizan las tierras á un tipo tan bajo respecto á la renta, que supone un gran estado de prosperidad, pues á la vez la emigración aumenta. En más de una región española se están dando casos análogos al ya clásico de la duquesa de



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

Sutherland, que en diez años sustituyó á 15 mil personas por 131.000 ovejas. Las ovejas se comieron á los hombres, como sucedía en aquel extraño país de que habla Tomás Moro en su *Utopía*. Propietario conozeo que ha hecho desaparecer todo un Municipio de España, sustituyendo á sus vecinos con un solo rentero y sus reses correspondientes. Las oscilaciones y cambios en los cultivos; la relación inestable entre la ganadería y la agricultura; las alternativas entre roturación y pasto; el número y extensión de las dehesas, son hondos males económicos que no los arreglan ingenieros agrónomos y de montes, ni se corrigen con que los labradores dediquen á sus hijos á la labranza, en vez de darles carrera y enviarles á la ciudad, que cuando así obran será por algo. «Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena», reza nuestro proverbio.

Más falta que de especialistas industriales técnicos tenemos de una mayor difusión de sanos elementos fundamentales de economía. El apocamiento nacional se debe, ante todo, á falta de tono en las percepciones colectivas del pueblo, á que no establece éste desde luego relación íntima entre el ejercicio del sufragio y la imposición de contribuciones. No es ya el pueblo que provocó la guerra de las Comunidades cuando las Cortes de entonces, encargadas de discutir con el Rey tributos y recursos, eran su conciencia inmediata.

Tienen los males todos que señalo raíces en el ambiente físico y raíces en el ambiente social. Las primeras son de más lenta corrección que las segundas, que lo son de muy lenta, sin duda. Es menester que, en contra de lo que se repite, nos persuadamos de que la mayor parte del suelo de España es muy pobre.

Constituye su interior una vasta meseta de rápidas pendientes, desollada de mantillo por aguas seculares; una meseta en que alternan con las sequías aguaceros torrenciales, y donde la escasa y mal repartida agua que cae se precipita al mar por rios que corren encajonados en hondos arribes, y donde toda canalización es obra de romanos. Pero aun así y todo, podría mejorarse mucho el ambiente físico si el económico-social estimulase á hacerlo. Lo que no trae cuenta á los grandes propietarios ó á empresas particulares podrian, en gran parte, hacerlo en pequeño, chinita á chinita, los colonos mismos. Con su labor obscura y obstinada, levantan en el fondo del Océano las diminutas madreporas, vastas construcciones que sirven de basamento á islas azotadas por el mar.



Pero ¿cómo se quiere que *hagan* tierras colonos que las toman en plazos de arrendamiento que no exceden de cinco años, ni que apliquen mejoras de que se resarcirían á plazo más largo? Y si los arrendamientos no exceden de ese plazo, débese en gran parte á que el impuesto de derechos reales lo dificulta. Carecen, en general, los colonos de capital, y el modestísimo que á las veces tienen que buscar, solo á precio caro lo hallan. Y ¿cómo no ha de prosperar la usura, si donde, como sucede aquí en Salamanca, con la Caja de Crespo Rascon, las ventajas que ofrece una institución encargada de ahogarla, se falsifican con la brevedad del plazo del préstamo y la cuantía de los gastos que el acta notarial y otros expedientes producen? Bien se conoce que nos legislan propietarios y capitalistas y abogados, sus servidoras. Y ni aun su propio interés conocen, no siendo el inmediato.

Pero como todo esto ha de constituir materia para otro ensayo, vuelvo al hilo central de éste.

Nada debe extrañarnos la plaga de abogados que infesta á España. La abogacía es la profesión que más produce á algunos primates de ella, y es, á la vez, la que más salida halla en modestos empleos públicos, lo cual basta para que sus títulos sean muy demandados. Es á la vez muy legítimo de parte de los labradores ricos y de todos aquellos que han amasado un capital con oficios no bien considerados, el deseo de *elevár* á sus hijos, que no sólo de pan vive el hombre. No tienen ellos la culpa ni de que no se estime tanto en cierta sociedad á un labrador como á un letrado, ni de que no se aune entre nosotros el ejército agrícola, con goce de cierta elevada cultura.

Por otra parte, el exceso mismo de profesionales y de doctores de toda laya, de lo que se llama trabajadores improductivos—cuando sería más exacto llamarlos irreproductivos,—puede ser principio de remedio. Todos esos obreros intelectuales y prestadores de servicios, han vivido ya del Estado, ya de la clase capitalista, sirviendo para consumir aquella parte de capital que, vertida á empleo reproductivo, hubiese hecho bajar el interés y el beneficio, á la vez que el salario subía. Eran, á la par, el ejército pretoriano de los dueños del trabajo ajeno, su principal sostén, los que mantenían de hecho al pueblo en servil resigna-





ción. Abogados, sacerdotes, maestros, ingenieros... conspiraban á asentar la «caridad en los ricos y resignación en los pobres», base del *statu quo* económico eran, y son el soporte del orden establecido. Pero su número ha crecido, empiezan á ser gravosos á aquellos mismos á quienes servían, y su condición se deprime. Los que ejercen profesiones liberales, van entrando poco á poco en la clase que del salario vive, y cada día ven más claro su solidaridad de intereses con los obreros manuales. De aquí el que se declame tanto contra el proletariado de levita. Las carreras dan un gran contingente de *ratés* ó fracasados; pero estos mismos forman un activo fermento de transformación social, y llegan á constituir la conciencia de los trabajadores.

Y no hay que temerlo. Las *trades unions* han sido en Inglaterra uno de los mayores resortes de progreso. Han obligado al capitalista á discurrir ó ingeniar-se. ¡Desgraciado el país sin vigorosa agitación socialista!

Estoy seguro de que hoy en España las escuelas industriales no harían más que crear doctores en industrias, como tenemos ya industriales de la doctoría; pero esos mismos doctores pueden ser un fermento que, dando al pueblo conciencia de su malestar, se la den de su descontento y provoquen la transformación de nuestro derecho, que destruya las trabas que á toda mejora de nuestra riqueza se oponen. Las escuelas de que tanto se habla pueden llegar á ser, y ojalá lo sean, fragua indirecta del hoy en España tan mezquino movimiento de protesta obrera. A ver si los pudientes despiertan.

MIGUEL DE UNAMUNO

1.5.2/36

